



## EL EPITAFIO DE DESQUITE

Yo soy una de las tantas mujeres que se dedican a vender flores y minutos en las calles de un gran pueblo; ya era de noche e iba de camino para mi casa por una carretera destapada, llevaba mi balde, el cual todos los días cargo con agua para mantener mis flores frescas, ese día no me había ido muy bien, pues se quedaron sin vender siete rosas rojas y una blanca, que muy seguramente para el otro día ya no servirían, y como siempre iba distraída pensando en qué más iba a hacer, para que al otro día, pudiera dar desayuno a mis hijos. En eso y de la nada sale un hombre de cabello negro y ensortijado, tenía la mirada más triste y perdida que nunca había visto, su cuerpo parecía débil, hambriento, era flaco, pálido y a la vez terrorífico, porque encarnaba la imagen de un bandido al que le estaban dando caza, se sentía acorralado, pero siempre dispuesto a morir, tenía marcas de mil batallas, y de hecho tenía una pierna herida por un tiro.

El bandido se cayó al piso, junto a donde yo estaba parada. Muerta del susto por la escena que estaba viendo y que no entendía por qué estaba pasando, yo solo atendí a decirle: - ¿le puedo ayudar en algo?-, a lo que este hombre me respondió: - a mí ya nadie me puede ayudar, y de su boca cansada y agitada empezaron a brotar tantas palabras como sangre de su cuerpo y como recordando épocas pasadas comenzó diciéndome: - ¿Sabe? - yo era un niño juguetón, nací en una de las tantas montañas de este país (Colombia), tenía un papá, una mamá y un perro, era muy pobre, pero era feliz; mis padres cultivaban el campo y tomaban miel fermentada, la vida era simple y se respiraba el aire puro... pero un día, cuando llegue a mi casa, después de estar jugando, ese aire cambió su olor, llegó el olor de la muerte. El verde del campo se tiñó de la sangre de mi familia y de toda la gente que vivía en esa vereda, fui uno de los pocos que sobrevivió.

Yo le dije: - señor, es muy triste su historia, pero espéreme voy por ayuda y él me dijo: - solo quiero que me escuche, total ya no hay nada que hacer, mi tiempo se está acabando. Entonces, como ese relato despertó mi interés, ya no estaba asustada, estaba asombrada y le pregunté: -¿Y qué más sucedió? Él señalaba un camino con su mano, ese camino era imaginario y me dijo que salió huyendo y dejando a la deriva de la naturaleza el cuerpo de sus padres. No pudo enterrarlos, se internó en la selva junto con otros y se hizo un niño guerrillero, ¡pero no para matar, sino para evitar que lo mataran y así defender su derecho a vivir, y desde ese día se juró que seguiría matando hasta el fin, matando para sobrevivir.

Escuchando esto yo le dije: -¿O sea que nunca tuvo una familia, ni fue a la escuela? ¿Solo se hizo guerrillero y ya? Yo sé que es una pregunta tonta para un hombre que está muriendo y por eso él me contestó con ironía: -“Yo nunca tuve escuela, mis primeras letras, es decir mis primeras armas las aprendí en la escuela de la vida y contando esto, sacó una pistola de su cinto, la cual al mirarla de cerca tenía una inscripción que decía “DESQUITE”. Esa palabra que estaba tallada en letras feas y hecha con un cuchillo, llamó mi atención y le pregunté qué significaba y me dijo: - es mi nombre, bueno mi apodo, y me dijo que se lo habían puesto porque desde que se acordaba quería desquitarse de la vida, del destino, de la sociedad, de quienes oprimen, imponen miseria, miedo y persiguen a los inocentes; es decir, quería desquitarse de esos hombres que por sus decisiones políticas o económicas lo llevaron a no ser más que un asesino y le quitaron las posibilidades de tal vez haber sido un poeta que peleara con una pluma y no con un rifle.

Luego me quedé pensando y le dije: - usted pudo hacer otra cosa, como huir y rehacer su vida- Me miró y me dijo: -Yo lo sé, pero no soy de los que huye sin dar pelea y siempre pensé en que si mataban, ¿por qué no podía matarlos? Así hice de la muerte mi arte y quise liberar a mi patria de los bandidos del poder, pero ellos son más y yo soy solo un pobre hombre, yo equivoque mi camino para tratar de cambiar la historia de tantos campesinos que lloran, que sufren, e hice de la muerte mi propio destino y ahora voy a pagarlo.

En seguida y de manera inquisidora le reproché: -Usted en su lucha sin sentido mata a otros que también fueron como usted, campesinos y niños inocentes que se encuentran en medio de un conflicto y no tienen la culpa de las motivaciones individuales que mueven a cada uno de los personajes que se meten en esto, ¿usted es un asesino y ya!, ¡como cualquiera de los que usted combate! - ¿Usted se ha puesto a pensar qué le va a decir a Dios cuando tenga que rendir cuentas?

Él, muy ateo, de nuevo se ríe y sarcásticamente me contesta: - A Dios no le voy a responder nada que él ya no sepa, porque él sabe que los hombres no matamos porque nazcamos asesinos, sino porque la sociedad nos niega el derecho a ser hombres; o es que acaso ser hombre es solo pertenecer a esta especie y ya, pues no, ser hombre es estar humanizado, tener derecho a la libertad, a estudiar, a comer, a la familia, a la tierra, y aunque soy un asesino, digo que ser hombre es tener derecho a la vida, pero digna, pues sin eso los hombres no son hombres, son cosas serviles.

De nuevo en tono airado, le dije: - ¡Como tiene tanto que reclamarle a Dios, seguro en el infierno lo recibirán bien! A lo que él replicó: - ¿para qué me habla del infierno? El infierno es este mundo, yo ya pagué mis culpas en este infierno de patria sin esperanzas; ¿Sabe? cuando yo me muera, al único sitio al que iré, es a lo que nunca tuve: - ¡La tierra...por que.....!

Y no había terminado de hablar cuando llegaron más de cinco soldados, que sin mediar la rendición de esta fiera herida, le dispararon sin contemplación, ocho tiros destrozaron su pecho y aunque sin duda merecía morir, ya que teniendo cierta forma de libertad, escogió ser un asesino, llevándose a muchos que como él, en un principio, solo eran inocentes víctimas; sin embargo, no puedo dejar de sentir tristeza por este atribulado hombre que vivió una vida que no merecía, vivió para morir, solo, aterrado, y el mundo dirá que lo único bueno de esta muerte, es que ahora ya los campesinos y las selvas podrán dormir tranquilas, pues este hombre de ojos oscuros y alma endurecida que los asechaba sin piedad y que andaba errante por las montañas regando sus semillas de la muerte, las ha cosechado y ya no existe.

Antes de que se lo llevaran como un trofeo para exhibirlo, me arrodillo junto a su cuerpo y al mirarlo, de mi alma nace una lágrima de compasión por ese niño que fue, y en el agujero que abrió su corazón pongo una rosa blanca en honor a su infancia destrozada y en el resto de agujeros rosas rojas que simbolizan las sangre que también derramó y que hoy con su vida pagó, y lo último que le digo a ese cuerpo que yace sin vida es: -Me parece tan increíble cómo la guerra puede hacer que un hombre sea como una moneda, que tenga siempre una doble cara, una doble historia, la de víctima y la de victimario.

Hecho esto, los soldados me apartan de su lado y me dicen nadie debe llorar por un guerrillero asesino, a menos que sea otro igual y yo les digo que no lloro por él, lloro por el niño, pero ellos no me entienden y empiezan a guardarlo en una bolsa y antes de que cierren la cremallera le pregunto: ¿a dónde lo llevan?, ¿qué van a hacer con él? Y solo me responden: -Lo que hacemos con todos, van a un hueco, a la tierra, como nada, porque este ni nombre tenía, y nadie que lo reclame.

Con estas últimas palabras entendí lo que quiso decir *desquite*. Que él no iría ni al cielo porque vivió odiando y matando inocentes, pero tampoco iría al infierno porque aquí ya lo había vivido, él iría a donde nadie era rechazado y todos eran iguales, iría a la madre tierra que como buena madre sabría acogerlo, aunque él la haya ofendido derramando la sangre de muchos, pero como ella no es vengativa en su seno lo cubrirá con barro, silencio, oscuridad y olvido.

Así y pensando en la historia de este hombre creo que a él le gustaría que su tumba rezara el siguiente epitafio: “Si no hay manera de que Colombia en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir, yo que soy el *DESQUITE*, resucitaré en muchos más, que como yo, ven las injusticias de su patria y no huyen, sino que se quedan para pelear y la tierra una y otra vez se volverá a regar de sangre, dolor y lágrimas”.

Luego de estos hechos, esa noche seguí mi camino, no sin antes prometerme a mí misma, que dejaré algo de dinero de las rosas que venda y cuando encuentre

la tumba de este hombre mandaré tallar en mármol este epitafio, para que Colombia nunca olvide que mientras no exista justicia social, lamentablemente *Desquite* volverá una y mil veces, algo debemos hacer para que esta historia no se vuelva una profecía repetida.

*Marta Yiniva Cabeza Caballero (VI Semestre Tunja)*  
Relato basado en “*elegía a desquite*” del escritor Gonzalo Arango

